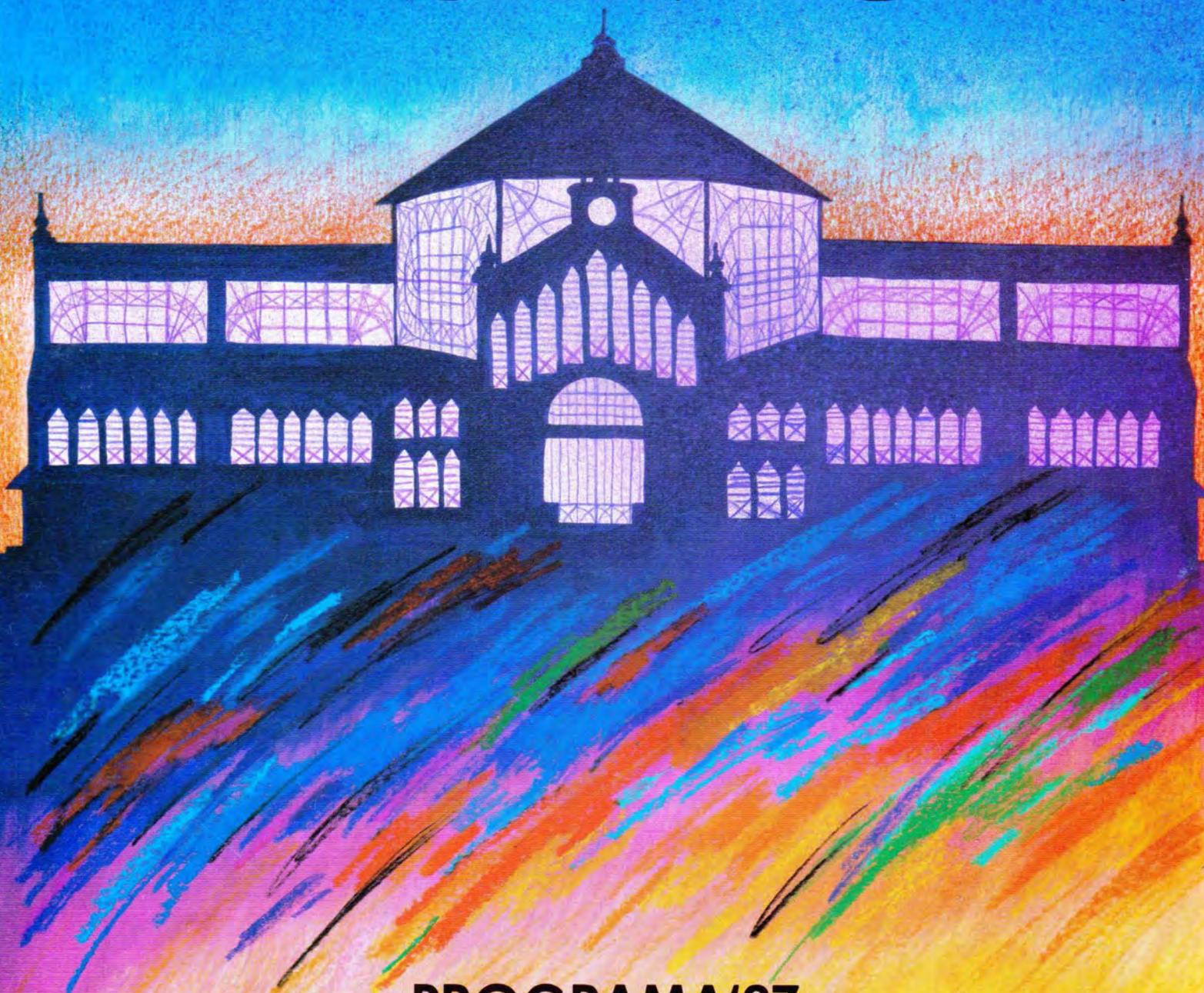


LA UNIÓN



PROGRAMA'87

XXVII FESTIVAL NACIONAL DEL CANTE DE LAS MINAS

(declarado de interés turístico nacional)

del 2 al 8 de Agosto de 1987



DAGUERROTIPO DEL VIEJO MINERO





En una mano, el "trapo" o talego; en la otra, el carburico de la copla o, antes, la "tortuga" o la "pava". Camisa de color "sufrido" o blusa gris. Pelliza para los inviernos. Alpargatas de suela de cáñamo, siempre. La gorra nueva y el moquero planchado, a cuadros azules o grises, para los domingos y fiestas de guardar, buscando el buen rato en la taberna, al amor del vino peleón, de las sabias mixturas de la tierra, que a la postre tan buena sangre crían; también al amor de la guitarra y el cante, ¿había que decirlo?

En el cabezo "Rajao"
han puesto una instalación
para bajar los mineros
al pozo por un jaulón.

Aguardando en la bocamina, "a voluntad de una cuerda", la jáula, el jaulón. El pie del hombre, bamboleante, asido a su reborde.

- ¿Dispuestos?
- Aguarda, "amainao".
- Aguardando estoy.
- Vale.
- Ya.

En el aire del pozo, un vaivén de navío a la deriva, de barca de un siniestro tiovivo, y eco de una copla rebotando contra las paredes:

Cuando me engancho en la cuerda
para meterme en el pozo,
pienso para mis adentros:
"¡Qué negro es el pan que como!"

La faena, luego, en busca del mejor tajo, en la noche sin alba de la mina. Llegado el sábado, el mísero jornal, en la típica bolsa de lona. Alguna vez, sustituyendo al dinero, los "vales", que tantas diatribas ocasionaron.

Contra el hambre, la protesta. También contra la injusticia, el abuso, la vejación. Siempre la protesta, tantas veces inútil. En alguna ocasión, el motín. La sangre derramada. Al final, si la suerte se presentaba de espaldas, si los gases del plomo convertían al hombre en un "emplomao" o la explosión de un barreno segaba pierna o brazo o alcanzaba de lleno a los ojos, el minero acababa abriéndose paso entre el compacto y miserable grupo de los pedigüños que, a la puerta de un teatro o una iglesia, adelantaban un platillo de latón sobre el que, de vez en cuando, podía llover la dádiva misericordiosa de unas monedas de cobre. Un hombre joven, apasionado, con la sangre en pie —en la flor de la vida, se decía— veía cortados de golpe y a cercén todos sus sueños, todo proyecto de futuro. Desnudo de ilusiones, podía presentar por todo equipaje la más triste de las cantinelas; por repetida y terca, inadvertida para el oído indiferente: "Una limosna por el amor de Dios, que no lo puedo ganar". A cal y canto, cerrado hasta el último portillo por donde poder escapar a tanta desventura. Descorazonado el corazón y en desespero la esperanza.

Asensio SAEZ